

El ataque a Estados Unidos: algunas hipótesis y sus consecuencias

Javier Brown César

A sombrados y horrorizados contemplamos el derrumbe de las Torres Gemelas. El ataque a Estados Unidos es sin duda reprochable, pero no nos detendremos a calificar moralmente este acontecimiento crucial, sino que nuestro cometido será presentar tres interpretaciones del ataque y las consecuencias que se derivan de cada una de ellas. Se pueden sugerir diferentes lecturas para intentar aclarar qué pasó el pasado 11 de septiembre, por qué pasó y quién o quiénes estuvieron detrás de la organización de los atentados. En este ensayo se propondrán lecturas distintas del suceso; dichas formas de aproximarse a un mismo evento asumirán como supuesto tres modelos de política pública¹ e hipótesis acerca de la organización de los ataques.

1. La mente maestra

Los ataques a las Torres Gemelas y al Pentágono fueron hechos extremadamente improbables, al grado de que ni siquiera la fértil imaginación de los escritores, productores y directores de Hollywood fue capaz de concebir un suceso así. Este ataque es el tipo de sucesos que marcan una brecha histórica significativa entre el “antes” y el “después de”, por lo que puede ser llamado, con toda propiedad, un acontecimiento. El hecho de que el ataque no se haya realizado antes evidencia no sólo la confluencia de un conjunto de coyunturas y contingencias históricas que lo facilitaron, sino también las casi insalvables dificultades, riesgos, tiempos, recursos y esfuerzos que conllevó planear algo así.

¹ Los modelos fueron propuestos por Graham T. Allison para comprender mejor la crisis de los misiles que se dio en octubre de 1962. Véase “Modelos conceptuales y la crisis de los misiles”, en *La hechura de las políticas*, México, Miguel Ángel Porrúa, 1996, 2a. ed., pp. 119-200.

Análisis Internacional

Si consideramos atentamente la cantidad de obstáculos que se tuvieron que salvar y cómo se dieron los ataques en forma escalonada y ordenada, nos vemos invitados a pensar que detrás de ellos está una auténtica mente maestra. ¿Qué se requería para concebirlos, planearlos e instrumentarlos? De entrada, una gran capacidad de coordinación que sólo puede lograrse gracias a la acción organizada. La primera hipótesis sobre el ataque es que fue producto de la acción conjunta de personas agrupadas en torno a ciertos intereses y metas comunes conformados como una organización² (o conjunto de organizaciones) poderosa e “inteligente”. El *quid* de esta hipótesis es el tipo de organización que pudo estar detrás de los ataques terroristas del 11 de septiembre.

Para tratar de clarificar un terreno de por sí turbio y opaco, debemos distinguir entre diferentes tipos de organizaciones que pudieron estar detrás del ataque. Es importante no confundir la organización propia de los Estados-Nación (como Afganistán y Estados Unidos), con las organizaciones terroristas multinacionales o nacionales (como Al Qaeda o ETA) y con las organizaciones y agrupaciones religiosas (los musulmanes). Algo de lo que más desconcierta de los atentados es que ningún grupo fundamentalista, ninguna organización terrorista, ni gobierno nacional alguno reivindicaron la autoría: quien organizó el ataque lo hizo desde el silencio y en el silencio, asegurándose de que quienes operaran los atentados no pudieran decir absolutamente nada (como los faraones egipcios que se hacían enterrar con sus esclavos para que nadie conociera la ubicación exacta del “tesoro”)... y quizá esta mente maestra organizacional siga aún sin decir nada, causando terror y desconcierto, desde la clandestinidad y el silencio.

Dos cabezas piensan más que una. Quienes organizaron el ataque fueron capaces de conformar una poderosa e inteligente organización en la que se pusieron en común conocimientos y destrezas especializadas: se requerían conocimientos sobre estructuras para encontrar la mejor forma de hacer caer las Torres del

² Esta hipótesis corresponde al Modelo II de Allison: El proceso organizacional. Véase “Modelos conceptuales...”, *op. cit.*, pp. 137 ss. Se podría enunciar un posible corolario a la hipótesis: la probabilidad del ataque está más relacionada con un conjunto de factores organizacionales que con desequilibrios de poder (el sesgo que existe entre las naciones ricas y las subdesarrolladas) o factores que provocan inestabilidad o incertidumbre mundial (como las crisis financieras y la propia globalización), *ibid.*, p. 151.

El ataque a Estados Unidos...

World Trade Center; se requería conocimiento y pericia acerca del manejo de aviones comerciales, con el fin de dirigir las naves a sus objetivos precisos; se requerían conocimientos especializados sobre rutinas de vuelo, itinerarios y programas de vuelo; se requerían conocimientos especializados acerca del manejo de grupos humanos; se requerían conocimientos especializados acerca de la seguridad en aeropuertos, aviones, edificios e instalaciones militares; en fin, un grupo de ingenieros civiles y aeronáuticos, arquitectos y pilotos, sociólogos y psicólogos, expertos en tácticas de tipo militar y otros debieron estar involucrados, de una forma u otra, con una poderosa organización con metas y estrategias clandestinas, pero bien definidas y articuladas.

Era necesario pilotear los aviones y estrellarlos en el centro de cada una de las torres y en un rango de pisos determinado (digamos entre los pisos 50 y 80), era necesario amagar a la tripulación e intimidar a los pasajeros, era necesario coordinar a los aviones desde alguna central de comunicaciones terrestre, era necesario entrenar a los comandos en simuladores virtuales y en aviones simulados, con actores que representaran a los pasajeros y a la tripulación, era necesario introducir armas blancas en los aviones, era necesario romper los sistemas de seguridad interna y de defensa del gobierno de los Estados Unidos... en fin, era necesario que nadie supiera lo que iba a pasar. Para todo esto se requería una organización poderosa e “inteligente”, sumamente inteligente. Si seguimos de cerca la hipótesis de la inteligencia organizacional, la respuesta inmediata del gobierno de Estados Unidos nos resulta sorprendente: ¿por qué atribuir la autoría del atentado a un solo individuo (Bin Laden³) y no buscar a la organización que se encargó de concebir, planear e instrumentar el ataque? Y más allá: ¿por qué se afirmó, sin presentar evidencias contundentes, que el ataque fue perpetrado por una organización terrorista?

³ “La realidad es que las fuerzas que buscan humillar al poder estadounidense son, más bien, subnacionales y transnacionales. Osama Bin Laden es, cuando mucho, el ejecutivo en jefe de un vasto conglomerado de grupos terroristas. Gente informada cree que él es incluso un poco una figura de adorno, valorado más por su dinero y su crisma que por su talento operativo”, Susan Sontag. “Modernidad y Guerra Santa”, en *Nexos*, No. 287, noviembre de 2001, p. 65.

Análisis Internacional

Bajo esta hipótesis, dos hechos nos resultan sorprendentes: primero, que ninguna organización terrorista se atribuyó el atentado, siendo típico en los ataques terroristas que un grupo determinado manifiesta a viva voz su autoría; segundo, que ningún grupo fundamentalista reivindicó causa alguna, ni defendió a dioses o profetas. Además, quien organizó los atentados no pidió dinero, ni liberación de presos, no pidió nada en absoluto, le bastó con humillar al gobierno estadounidense y crear caos en el comercio y en la aviación comercial. Algo sospechoso hay en la respuesta de Estados Unidos, ya que no ha hecho públicas las evidencias “contundentes” que dice tener acerca de la autoría de los ataques. En última instancia, si se trató de ataques terroristas, estamos entonces frente a una nueva forma de terrorismo suicida (*kamikaze*), que hace uso de recursos civiles para atacar a la población civil y que no reivindica ataques; si se trató de un ataque inspirado en movimientos fundamentalistas, entonces estamos ante un fundamentalismo que no apela al origen, y que gusta de guardar e imponer el silencio.

2. El juego burocrático

Cuando sugerimos que una organización poderosa e inteligente podría estar detrás de la concepción, planeación e implementación de los ataques a Estados Unidos, llegamos a un punto en el que tuvimos que preguntar ¿qué tipo de organización podría estar detrás de una acción tan efectiva y coordinada? No hemos preguntado aún dónde podría estar esta organización, porque la pregunta quizá tenga la respuesta que damos cuando nos preguntamos dónde esta Toyota o Sony, o sea, en más de un país; se trataría quizá de una organización multinacional, esto es, en la que participen personas de varios países, o transnacional, esto es, cuya acción abarca a varios países.

Para que el ataque fuera fructífero, parecería absolutamente necesario que la organización tuviera alguna presencia en Estados Unidos. Pero entonces: ¿cómo es posible que una organización tan poderosa pudiera haber trabajado, por tanto tiempo, en la clandestinidad y el silencio, en un país con los sistemas de defensa y ataque supuestamente más avanzados del mundo? Para

El ataque a Estados Unidos...

contestar esta pregunta requeriríamos una hipótesis diferente: el atentado fue efectivamente responsabilidad de una organización, pero para que nadie supiera lo que iba a pasar y para que nadie obstruyera el ataque es posible que se necesitara comprar el silencio de varias personas, sobornar, presionar y extorsionar, lo que nos llevaría directamente a las redes ocultas del poder estadounidense y al centro de las grandes organizaciones burocráticas⁴: las líneas aéreas, el Departamento de Defensa y otras agencias del gobierno de Estados Unidos. Bajo esta hipótesis, quienes fraguaron el ataque contaron con la ayuda de personas compenetradas e incluso en apariencia comprometidas con el gobierno de ese país; quizá se requirieron infiltrados, espías y dobles agentes.

Si fuera cierta la afirmación de que para llevar a cabo con éxito los atentados del pasado 11 de septiembre se requirió ayuda interna, entonces el panorama sería aterrador: el propio gobierno estadounidense o alguna de sus agencias podrían tener algo que ver en los ataques, ya sea porque voluntariamente conspiraron para reactivar la economía de guerra, o porque se aliaron con la mafia o el terrorismo internacional o por alguna otra razón quizá relacionada con el hecho de que Afganistán provee el 65% del opio que se consume en el mundo.⁵ Desgraciadamente, sólo podemos especular al respecto, pero si esta hipótesis fuera correcta, entonces el gobierno de Estados Unidos debió haber comenzado por hacer la limpieza en su propia casa; esto es, en lugar de voltear los ojos al distante y empobrecido Afganistán,⁶ hubiera tenido que encontrar a los conspiradores dentro de su propio gobierno. Y qué tal si aventuramos otra hipótesis intrépida: el avión que se estrelló en el Pentágono tenía como objetivo principal la Casa Blanca, pero en el último momento se desvió a un nuevo objetivo bajo instrucciones dadas desde tierra; el objetivo del desvío podría ser acabar

⁴ Esta hipótesis corresponde al modelo III de Allison: Política burocrática. Véase "Modelos conceptuales y la crisis de los misiles", *op. cit.*, pp. 154 ss. Un posible corolario de esta hipótesis diría: "Si una nación ejecutó una acción, la acción fue el resultado de la negociación que se llevó a cabo entre individuos y grupos dentro del gobierno", *ibid.*, p. 163.

⁵ Datos de *La Jornada*. Citado en "Numeralia", *Nexos*, No. 287, noviembre de 2001, p. 24

⁶ "Uno sólo puede esperar... que la administración Bush, Tony Blair y los demás realmente hayan entendido que sería inútil, o como ellos dicen, contraproducente –igual que pérfido– bombardear a los pueblos oprimidos de Afganistán y de Irak y de otras partes...", Susan Sontag, "Modernidad y Guerra Santa", *op. cit.*, p. 67.

Análisis Internacional

con evidencia incriminatoria y con personas indiscretas que podrían encontrarse en esa ala del Pentágono.

Si esta hipótesis es correcta, entonces estamos ante un escenario desolador: la realidad habría superado cualquier fantasía concebible, como efectivamente sucede en la vida real. Si esta lectura es correcta, estaríamos ante algo similar a un crimen de Estado. La pregunta pertinente aquí es: ¿quién se benefició de los atentados y a quiénes no se atacó? Resultaron perjudicados: las compañías con oficinas en el World Trade Center, las líneas aéreas, las aseguradoras, la Bolsa de Valores y el comercio mundial; resultaron beneficiados: los transportes terrestres y marítimos, los especuladores de la bolsa, todos aquellos que no tenían oficinas en las Torres Gemelas y los militares, gracias al presupuesto de guerra extraordinario que fue aprobado por el Congreso. Esta hipótesis tendría lecturas interesantes por fantasiosas; una de ellas sería que las Torres fueron derrumbadas para cubrir fraudes millonarios o lavado de dinero o que un comando subterráneo, mientras se realizaban las labores de rescate, extrajo el oro que habría quedado sepultado bajo las toneladas de escombros del World Trade Center y al que se podía acceder haciendo uso de las vías subterráneas ya existentes. A favor de la hipótesis de la conspiración burocrática se puede sugerir que el patrón que encontramos en los atentados es similar al de otros crímenes de Estado (como el de los Kennedy): ningún funcionario del gobierno estadounidense se vio involucrado, el silencio del gobierno y de los medios fue pasmoso y los posibles culpables eran personas distantes, un tanto exóticas y, hasta cierto punto, inofensivas en apariencia.

3. La interpretación y la respuesta del gobierno de los Estados Unidos

Si fuéramos estadounidenses viviríamos bajo el temor constante de ataques a nuestras propiedades y personas, ya que nuestro gobierno sería incapaz de protegerlos; el resultado sería la incertidumbre de cada día, el desasosiego y el miedo. Pero siendo mexicanos, sabemos que un ataque como el que se orquestó en Estados Unidos quizá hubiera fracasado aquí, no sólo por cuestiones de trámites burocráticos, papeleo, retardos, etc., sino por-

El ataque a Estados Unidos...

que es casi inconcebible pensar que un comando terrorista pudiera secuestrar un avión lleno de mexicanos: no faltaría el macho bravucón que les hiciera frente, o la banda espontáneamente organizada que desmantele el operativo. Pero aún suponiendo que el comando hubiera logrado su objetivo, el instinto de supervivencia de los mexicanos, acicateado por la necesidad, el hambre y la miseria, y alertado por los constantes movimientos telúricos, hubiera evitado que muchas personas murieran; esto es precisamente algo de lo que pasó en el atentado del 11 de septiembre: muchos mexicanos desobedecieron las órdenes de los policías, huyeron de la zona del desastre, y salvaron su vida.

El ataque fue tan bien planeado y concebido que causó una herida casi mortal al corazón de los Estados Unidos: el comercio organizado, las grandes corporaciones, las líneas aéreas y los sistemas de seguridad y defensa. No lo quieren admitir, pero el atentado terrorista es, para los Estados Unidos y su pueblo, una de las más grandes humillaciones de su corta historia, y quizá el principio del fin de su corta hegemonía: impotentes, indignados y ofendidos en su fuero interno, los estadounidenses vieron desplomarse las Torres e incendiarse el Pentágono, sin poder hacer nada para salvar a las miles de personas que ahí perecieron. Quien o quienes organizaron el atentado, quizá temían la respuesta del gobierno de los Estados Unidos: si David no hubiera matado a Goliat, quizá este último se habría levantado y atacado sin misericordia al joven; si herimos a un tigre, pero no de muerte, éste nos atacará sin piedad hasta matarnos.

¿Qué hizo Estados Unidos a raíz de los atentados? Se refugió en su propio dolor, se cerró al mundo y cerró cualquier vía de acceso a los medios que permitiera que el mundo conociera las terribles consecuencias del desastre. Una y otra vez vimos las imágenes de los aviones estrellándose contra las Torres y una y otra vez vimos cómo se colapsaban, pero después los medios fueron demasiado “avaros”: nos dieron una y otra vez las mismas imágenes recicladas... y ocultaron el resto de la tragedia humana.⁷ Vimos orar a los estadounidenses, los vimos también en su

⁷ Este silencio de los medios se ha interpretado como capacidad de autocensura, pero se ha dejado de lado el hecho de que parece haber sido impuesto por “razones de Estado”: “Hay periodistas, unos cuantos, que han sido despedidos de los periódicos y las revistas. Los maestros de

Análisis Internacional

unidad y orgullo, pero no fuimos testigos de su humillación y desconcierto: el 11 de septiembre nadie sabía quién los había atacado ni cuándo los volverían a atacar.

La perfecta trama hollywoodense, repetida hasta el cansancio en cada película, se vio fragmentada, bloqueada, obstruida y frustrada. En las películas, todo ataque a los Estados Unidos venía de un enemigo conocido (el malo de la película), y daba pie a una venganza ejemplar en la que los buenos (los estadounidenses) se imponían inflexiblemente sobre su adversario, propinándole una humillante derrota. Terminada la Guerra Fría, con la caída del Muro de Berlín, los enemigos del pueblo americano dejaron de ser los rusos, para pasar a ser extraterrestres, terroristas y psicópatas geniales; el pueblo estadounidense expulsó la violencia al reino de la fantasía.⁸ Pero nada de lo que pasó aquel 11 de septiembre y en los días posteriores siguió la trama de la típica película con final feliz; por ende, había que reconstruir la trama para hacerla atractiva para los medios y los espectadores.

La última hipótesis sería la siguiente: debido a que todo ataque a la seguridad interior de un país debe tener una respuesta ejemplar, y a raíz del desconcierto provocado por los atentados y de la humillación propia de aquel que no sabe quién lo atacó, los estadounidenses decidieron montar, sobre la realidad de lo sucedido, una segunda realidad irreal, proyectada al estilo de las películas de Hollywood.⁹ Para hacer este montaje peliclesco, se requería identificar a un enemigo público, declararle la guerra y lanzarse con todo el poderío militar propio de la primera potencia mundial sobre éste para humillarlo. Quizá el pueblo de Afganistán y el mismo Bin Laden sean víctimas propiciatorias de una venganza militar que el propio pueblo estadounidense apoyaba y exigía en su

universidad han sido reprendidos públicamente por externar en sus salones de clase la más suave de las observaciones críticas...”, Susan Sontag, *op. cit.*, p. 67.

⁸ Véase Fernando Escalante Gonzalbo. “La violencia impensada”, en *Nexos*, No. 287, noviembre de 2001, pp. 60-61.

⁹ Esta hipótesis corresponde al modelo I de Allison: Política racional. Véase “Modelos conceptuales y la crisis de los misiles”, *op. cit.*, pp. 125 ss. El paradigma supone que el gobierno es un actor racional que elige una determinada respuesta a los problemas estratégicos que enfrenta la nación. Un corolario de esta hipótesis podría ser: “Si una nación lleva a cabo una acción determinada es porque debe haber tenido fines para cuya realización la acción representa el medio óptimo”, *ibid.*, p. 132.

El ataque a Estados Unidos...

mayoría; quizá Bin Laden sí tuvo algo que ver con los atentados, pero nada legitima el uso de la violencia para combatir la violencia.

4. Consecuencias de la guerra

Como resultado de su interpretación y respuesta, el gobierno de los Estados Unidos ha reiniciado un conflicto latente en el Medio Oriente, dando fin a los pocos años de paz terapéutica y conformista que se dio desde la Guerra del Pérsico hasta la caída de las Torres. Lo que más repugna de esta realidad, aparentemente tan artificial, es que los estadounidenses atacan a un régimen (el Talibán) que ellos mismos apoyaron para que llegara al poder; difícilmente puede haber un pragmatismo más burdo y grosero: si eres mi amigo te doy lo que quiero darte, pero si eres mi enemigo te ataco cuando quiero, además, para que seas mi enemigo basta que afectes mis intereses, aunque éstos sean ilegítimos y absurdos. Cuando consideramos con cuidado la respuesta de Estados Unidos parece que estamos ante el capricho de un niño y no ante las decisiones juiciosas de la nación más poderosa de la tierra. Ante la impotencia en la que se vieron sumidos con los ataques, la respuesta fue la prepotencia de una nación que presionó a otros países para conformar una coalición multilateral, y a la Organización de las Naciones Unidas para legitimar el uso de la fuerza militar, con el fin de declararle la guerra, no a un país como tal, sino a un individuo y a un régimen político.

La lógica de la guerra nos dice que se declara el inicio de las acciones bélicas cuando un país ataca militarmente a otro, siendo la guerra mundial el resultado de una coalición de países que se unen para atacar a otra coalición de países. Pero en este caso, no hay una guerra como tal, sino una invasión, porque si bien Estados Unidos puede declarar la guerra, quien perpetró los atentados no declaró la guerra, ni hizo uso de medios militares, ni mandó misiles desde fuera de los Estados Unidos, ni usó soldados ni tanques; sólo se utilizaron recursos y medios civiles. La invasión a Afganistán, bajo el argumento de reinstaurar la libertad y de proteger los derechos civiles es paradójica en más de un sentido y puede tener consecuencias perversas y funestas para la humanidad. Quizá el propio gobierno estadounidense está cons-

Análisis Internacional

truyendo las condiciones para que su hegemonía dure aún menos, porque con sus acciones está contradiciendo los principios de su propio gobierno democrático: en la lucha por la libertad duradera se han utilizado instrumentos y prácticas represivas, violatorias o por lo menos restrictivas de los derechos humanos; se pretende combatir al terrorismo con los medios de la guerra, los cuales también causan terror y muerte; ante la incapacidad del gobierno estadounidense para proteger la vida y la propiedad de sus ciudadanos, siendo una potencia mundial, se da una respuesta ostensiva, visible, escandalosa, apoyada por los otrora silenciosos medios masivos; la imposibilidad de, en el medio de una supuesta sociedad de la información y el conocimiento, predecir, prevenir o por lo menos contrarrestar los efectos más extremos de un ataque como el que vimos; en fin, han resurgido la intolerancia, la censura impuesta a los medios masivos en una sociedad vinculada globalmente por la comunicación;¹⁰ y también han renacido el racismo y la invocación a causas divinas para comenzar una guerra.

La respuesta de Estados Unidos fue irreflexiva, brusca y rápida, pero no fue eficiente: se destruyeron objetivos civiles, se mató e hirió a inocentes e incluso se atacaron intereses de la ONU y a las propias tropas estadounidenses (en un error histórico y previsible). Si los Estados Unidos pretendía una guerra en la que sólo murieran los “malos” se equivocaron: en las guerras, en toda guerra, mueren necesariamente víctimas inocentes, se cometen atropellos y se violan derechos. Esperemos que esta sea la última vez que un grupo de países, liderado por Estados Unidos, organice una intervención militar en cualquier país, y esperemos también que sea la última vez en que un supuesto instrumento de la paz, como lo es la ONU, resuelva en favor del uso de la fuerza, contra la búsqueda concertada de la paz.

Tal vez somos testigos de los últimos zarpazos de una fiera en agonía (claro que esto no significa que se vaya a acabar Estados Unidos); tal vez esto que está sucediendo marque el inminente fin de la hegemonía estadounidense: si ningún fenómeno natural dura para siempre, menos aún lo puede ser el pretendido domi-

¹⁰ “Lo que sobresale de esta primera era global es la transformación de las redes de comunicación, sin la cual muchos de los demás cambios que suceden no serían posibles”, Anthony Giddens. “Lecciones globales”, en *Nexus*, No. 287, noviembre de 2001, p. 30.

El ataque a Estados Unidos...

nio de una nación sobre el resto del mundo. Lo cierto es que para el 2030 Estados Unidos quizá ya no sea la potencia más grande del mundo, teniendo que competir con el coloso dormido: China. Si esta acción militar es un intento por detener la caída del coloso del Norte, una estrategia para reactivar una economía de guerra o una maniobra para sacarse la espina de la humillación, si es el último ataque multinacional contra una sola nación o el principio de una larga cadena de intervenciones multilaterales en países no libres, poco importa; el hecho es que un mundo en guerra suele ser violento, cruel e inhumano, en suma, cercano a los Estados Unidos pero muy lejos de Dios.

Nada ganan los hombres con la guerra salvo más guerra. Desde aquí, hacemos un llamado para detener la barbarie, para sentar a los poderosos ante nosotros y para tratar de buscar un orden mundial más justo, democrático y libre. Quizá la respuesta violenta que vimos el 11 de septiembre no es otra cosa que el intento desesperado de un conjunto de víctimas silenciosas que buscan revertir el perverso patrón de acumulación y consumismo que está detrás del paradigma globalizador, pero mientras las cosas sean tan turbias y oscuras, nada sabremos salvo que el mundo está en guerra, que muchos inocentes mueren y que esto no nos acerca necesariamente a Dios, aunque supuestamente seamos más libres.